

de Junio que en la noche del diez de Agosto, lo había desacreditado hasta en el concepto de aquellos á quienes había servido. Vano, gárrulo; creyendo disponer de la lluvia y del buen tiempo; á medida que más se vanagloriaba de haber contribuido á la rota del monarca y á la victoria del pueblo, más metía el cuitado hasta la empuñadura su descrédito y su infamia en el propio nombre. Le oyeron mientras impelió el pueblo adelante; para refrenarlo en sus venganzas y detenerlo al borde zozobroso del terror no tuvo autoridad, ni poder alguno. En la presidencia del ayuntamiento estuvo; pero, como una de las efigies ó simulacros, tras los que hablan en oráculo y en enigma sus sacerdotes, hacíanle decir y hacer todo aquello que á la Comunidad le pasaba por el moño. Rolland, desde su departamento de Gobernación, quizás hubiera podido hacer algo. Pero el buen hombre, atiborrado de retórica por su mujer, escritora infatigable, pasaba en decir el tiempo que debía emplear en haceres. Y escribía proclama tras proclama, circular tras circular, memoria tras memoria, sin otra cosa conseguir que mucho enriquecer la elocuencia política francesa, dejando tras este fabuloso enriquecimiento los hechos marchar á su guisa y remontarse los corazones con los cerebros á su gusto. Luego no le ayudaba fuerza política ninguna en la obra de pacificación, por su excelente natural concebida é intentada; y así, todo le parecía conjurado para que, so el gobierno suyo, y en su tiempo, sucediera una gran desgracia, de la que tomara su inocencia enormes, aunque inmerecidas responsabilidades. Rolland, elevado al Ministerio por una revolución, la cual se había hecho porque el Ministerio cayera, despedido por el Monarca, no tenía otro remedio, después de haber cosechado y recogido tales frutos, sino defender y exaltar la revolución, hacia cuyos senos le arrastraron profundas y antiguas convicciones. Por su desgracia el avance de los invasores cada día se pronunciaba más y cada día más se patentizaba la complicidad de los realistas con los irruptores, por la cual complicidad, aparecía cosa tan difícil conjurar la conquista en el campo como conjurar la indignación en el pueblo. Por veinticinco de Agosto redactaba Rolland elocuente alocución, firmada también por sus compañeros de ministerio, en que resaltaba la perfidia del Rey cautivo en sus maniobras anticonstitucionales y la complicidad del noble realista con los conquistadores extranjeros, excitando así de palabra lo mismo que se quería impedir de hecho. Y decía allí que se hallaba el pueblo cansado de tantas perfidias, indignadísimo de tantas insolencias, y había tenido que levantarse para herir de muerte al enemigo interior, sin poder desarmarse y reposar hasta el término de su obra. Para Rolland, mejor dicho, para Madame Rolland, en los momentos de condensarse aquella terrible tempestuosa nube del terror, si la fuerza militar debía malherir el enemigo de fuera, la fuerza política debía someter el enemigo de dentro; pues los peligros y los daños crecían, el golpe de gracia todas las cabezas patriotas amagaba, y dueños ya los conquistadores de Longwy, asediando á Verdun, podrían abrirse paso á través de llanuras indefensas pobladas de

familias inermes, y entrar de un momento á otro en París. Así á las excitaciones aisladas y personalísimas de Marat, muy temibles, acompañaban otras excitaciones más altas y más generales, y no menos temibles, las cuales, sin quererlo y sin saberlo, en la inconsciencia y en la indeliberación de que suelen sufrir cuantos son arrastrados por ímpetu é impulsos colectivos, difundían el terror en las filas del pueblo y armaban las manos de puñales para el asesinato en masa. El veintisiete de Agosto, año cuarto de la libertad, aludiendo al anterior período constitucional, año primero de la igualdad, aludiendo al recién abierto período republicano, proclamaba la Roland que debía todo tomar el ceñudo aspecto de la guerra; que los metales se fundiesen y trocasen á una en armas; que salitres y carbones, existentes en toda Francia, en factores para fabricar pólvora se mezclasen; que las mujeres hiciesen cartuchos, no hilas; que los alimentos se distrajeran de sus pertenencias y de sus destinos trasmutados para la manutención del voluntario en ranchos nutritivos; que se levantasen muros y se abrieran fosos alrededor de cada poblado y aun de cada caserío; que se quemaran los bosques y se rompieran los puentes; que se apercibiesen los libres sin excepción á ser como los leones antiguos de Israel, á exterminar todos los enemigos de la libertad y de la patria. ¿Cómo había tal exterminio de pararse ante ningún límite? ¿Cómo había de retroceder ante ningún obstáculo? Para el común de las gentes, para la colectividad, estimábase reo más digno de la justicia popular al realista cómplice de la invasión que al mismo invasor. ¿Cómo adelante partir en guerra contra el uno, contra el menor culpado; y dejarse atrás al otro, al más culpado, para que pudiese malherir al defensor del suelo por la espalda, y consumir con el deshonor, el desmembramiento de Francia?

Llenas las cárceles de cortesanos, el ministro Roland, por la pluma de su mujer, decía, primero de Septiembre, tras las visitas domiciliarias, ante la degollina popular, que la inviolabilidad real inscrita sobre las Tullerías, ocultaba las más viles conjuraciones, sin advertir cómo los conjurados estaban en poder del pueblo; y el pueblo, en aquellos estremecimientos, entre aquellos relampagueos, podía con suma facilidad tomarse la justicia por su mano. Y tanto más de temer esto, cuando, á renglón seguido, se declaraban inútiles é ineficaces todas las leyes y se afirmaba equivaler el sitio y asedio de las Tullerías al sitio y asedio de la Bastilla, confirmándolo así el relato y lectura de tantos papeles encontrados en las reales papeleras, como demostraban muy embusteras las declaraciones constitucionales del Rey, muy falsos sus juramentos, muy engañosos sus afectos por el pueblo, muy extipendiados así los calumniadores como los asesinos, muy disueltos los regimientos, muy abiertas las fronteras por obra de un crimen espantoso, cuyos perpetradores, verdaderos reos de lesa patria, estaban entonces en manos del pueblo ciego y colérico. ¿Quién detendría este pueblo en su arrebató? ¿Quién capaz de mostrarle cómo la justicia se trueca en pecado cuando se olvida que preceda el justo pro-

cedimiento á sus fallos y se deja sin defensa, sin recurso alguno defensivo á los reos, hechos inocentes á obra de tales horribles crímenes? Ciertamente es que fué una grande tempestad el terror, la cual tempestad se condensó y estalló, no tanto por nativa perversidad fundamental del pueblo francés, como por circunstancias especiales, henchidas todas ellas de una espantosa electricidad. Si el desarrollo de la libertad fuera puramente interior, no engendrara las innumerables violencias que mancharon la revolución. Pero cuantos pueblos han peleado por su independencia en el mundo, saben á cuáles extremos arrastra la necesidad inevitable de ser independientes. Hasta el estricto derecho común criminal no condena en sus rigurosos cánones á quienes matan en defensa propia y rechazando brutales agresiones. Y si esto se halla permitido en la defensa individual propia, imaginaos lo que será permitido á la defensa colectiva de supremas entidades, quienes viven siglos y se ven obligadas mil veces á sacrificar lo presente á lo porvenir para la renovación de sus generaciones y la perpetuidad de su existencia. Jamás presintieron, y menos calcularon los girondinos hasta dónde habían de penetrar en el espíritu público estas excitaciones, y cuál clase de frutos habían de dar estas simientes de un entusiasmo dirigido á defender la patria del extranjero invasor y del elemento realista que concordaban en la reacción y en las invasiones. Sembraron los girondinos el terror para que los aterrados se volvieran á una contra los enemigos numerosos acumulados sobre la frontera, y los que á la frontera iban ó debían ir, se revolvieron contra los enemigos interiores é inauguraron las más heroicas batallas, precediéndolas de los más abominables degüellos. Nada tan fácil de comprender cómo que la cólera popular identificase con el invasor el emigrado, y con el emigrado el realista interior, y así nada tan fácil como que los movidos y suscitados contra todos comenzasen sus esfuerzos de combate y exterminio por aquellos que se hallaban más próximos y estaban cometiendo igual crimen ó mayor al crimen de los distantes, bajo el imperio de las cóleras y á los alcances de las armas del pueblo. Cuando el poder se divide, como estaba dividido entonces sobre Francia; y existían un Congreso en sesión permanente desde la madrugada del diez de Agosto, que no hacía cosa ninguna y de cosa ninguna llegaba entonces á enterarse, y una Comunidad revolucionaria sobreponiéndose al Congreso todo; y las secciones de cada barrio, juntas revolucionarias exaltadísimas, y un gobierno dividido ya en dantonianos y rolandistas, y turbas esparcidas por las calles, y dictadores anónimos é irresponsables en todas partes; lo más natural del mundo era que los mayores crímenes se cometiesen por gentes perturbadas y enloquecidas, sin que nadie pudiera en lo humano evitarlo á causa de que no puede atreverse á mandar quien duda en lo más íntimo del alma de que lo escuchen y obedezcan.

La comisión parlamentaria de los veintiuno, donde se reunieron, por nombramiento de la Cámara, los más autorizados girondinos de Francia, ó no quiso, paralizada por su lucha con la Comunidad, ó no pudo, hacer nada. Ni una sola sesión reunida con

ánimo de conjurar la nube; ni una palabra expresiva de manifiesta condenación del terror, llegado por mil violentas sobreexcitaciones á la ceguera y á la demencia. Se nombraban comisarios para serenar con algún soplo de caridad aquel infierno de cólera; y estos comisarios no salían del templo de las leyes, ó paralizados por el terror, que á unos enardece y á otros hiela, ó persuadidos de su incapacidad para el bien. Ordenes del día incoloras; audición de comisiones insignificantes; honores á los peticionarios de la barra; inútiles protestas de las calumnias esparcidas contra la comisión de los veinte considerada por los maratistas y por los comuneros como informe agregación de hipócritas reaccionarios: hé ahí toda su labor. Más que verdaderos estadistas en su puesto, parecían aquellos hombres paráliticos é indiferentes, verdaderos desertores de su puesto. Dijéronle á Fauchet que hablase con el pueblo como hablara durante los asaltos de la Bastilla, para disuadirle de manchar su causa y su victoria con el crimen; Fouchet, dolorido del engaño, y en tristísima experiencia inducido por los hechos, no habló. En cambio, al más humano y al más austero de los girondinos le sucedía que proclamaba, sin sentir cosa ninguna, en alocuciones continuas dirigidas al pueblo, cómo abrigaba éste á la sazón en su seno innumerables traidores. Cual si cosa ninguna sucediera en el mundo, un ministro encargado de la paz pública, en el ministerio de la Gobernación metido, consumía su tiempo escribiendo larguísimas epístolas sobre su primer llamamiento al gobierno, sobre las causas de su salida y de su vuelta, sobre lo pasado que es la Historia, cuando la política es lo presente. Además, diríase gobernaban en los tiempos más felices de Francia, pues daban los Ministerios, en sus respectivos Palacios, por aquel mismo Setiembre, reuniones donde cantaba Juliana Candeille y declamaba el célebre Talma, de quien asesorábase Vergniaud en público, pidiéndole consejos para la mejor expresión de los discursos. La víspera misma de los degüellos, en el transcurso de la Semana Terrible, ante aquella San Bartolomé del pueblo, Anacarsis Clootz, á la mesa de Roland asentado, discurría sobre la felicidad futura del género humano y sobre las intensidades que tomarían el ser y la vida universales en las venideras expansiones de la libertad, animadas por el cariño más fraternal entre todos los hombres, sin acordarse de la grande inhumanidad que se acercaba ó que se cometía en aquel horroroso momento. Habían los rolandistas soñado con la República helena del Pireo y de Atica: nada menos ateniense que los discursos eternos del buen Anacarsis, aquejados de un humanismo incomprendible para los griegos, y de una extensión tal como la que suele tener una perdurable berrachera germánica de lúpulo y de cerveza. Luego Aspasia componía discursos para un orador como Pericles, ó escuchaba discursos de Pericles; mas lo que nunca hizo Aspasia, fué bostezar mientras hablaban los oradores atenienses y menos discurrir tranquila mientras á más andar se aproximaba, ó sucedía ya, un espantoso degüello. Los enemigos de aquella familia, donde se había condensado la flor del espíritu republicano,

cuentan haberse hallado allí, en el Ministerio, la noche que habló Anacarsis Cloutz y bostezó Madame Roland, un comunero llamado Leante, quien fué osado á requerir del Ministro unas tres mil libras destinadas á la manutención y pago de aquellos degolladores carniceros que debían deshonrar el mes de Setiembre por toda una eternidad en los anales de la Historia. Indudablemente las matanzas aquellas, obra inmediata del terror condensado por la invasión, brotaron de un social contagio, pidiendo el castigo de los traidores y la venganza del pueblo. Como no sentimos en el espacio la carrera del planeta donde como embarcados nos vemos, tampoco en lo presente adivinamos la trascendencia de los hechos que corren y que sólo revelan cuán inmanentes quedarán en los humanos anales después de haber penetrado en la eternidad. Seamos justos; no abracemos las pasiones del tiempo aquel como sus contemporáneos; no caigamos en los juicios acerbos sugeridos á las sectas militantes ó á los partidos combatientes de nuestros días por tales increíbles sucesos: estuvo, durante la condensación del terror, abstraído en su ministerio Roland, como si el Ministerio fuese una grande abstracción; estuvo en su Municipio casi huído el primer delegado de Roland, el pobre Pétion, alcalde parisién, y como alcalde parisién, por las leyes aquellas encargado del orden público en París. Tal huída se agravaba todavía, si agravarse pudiese, con comidas de placer que recordaban los conciertos neronianos sobre roma incendiada, y con alocuciones que movían á castigar la traición infame y patente con verdadera crueldad. Pero hay que atender á una idea, heredada del absolutismo, para concebir lo que pasó entonces; hay que atender á la idea generalizada de que muchos hechos, inaceptables en moral, pueden ser aceptados en política; y hay que considerar cómo el invasor se adelantaba sobre París, y este invasor, enemigo del hogar, del derecho, del ser y vida de los ciudadanos, contaba, en el momento de la invasión, por los senos mismos de París, innumerables cómplices, fautores también de la extirpable invasión.

No quedaba hombre ninguno, capaz de conjurar el conflicto, sino Robespierre, tenido por la virtud en persona, y alejado entonces de cuantas pasiones zumbaban en torno suyo y metían el venenoso aguijón en los demás. No habiendo pertenecido á la Cámara Legislativa; no habiendo estado en los tumultos del veinte de Junio y en las conspiraciones precededoras al diez de Agosto, conservaba intacto el tesoro de sus recuerdos y de sus méritos, apareciendo poco gastado por su ausencia de aquellas luchas, donde se habían como consumido todos sus émulos. Muy deseoso de la dictadura no quería Robespierre desdeñar ocasión alguna de prepararla, y como se creía destinado al imperio sobre todos, no estaba en el caso de reñir con nadie. ¡Cuál ocasión aquella, para un hombre más humano que Robespierre, de lanzarse al pedregoso lecho del torrente por donde iba desenfrenada la cólera popular, salvando de muerte violenta y anticipada muchos infelices, y preservando á la revolución de mancha que no podrán lavarle mares de lágrimas derramadas

en siglos y más siglos de arrepentimientos. Nadie, como él, podía justipreciar el hervidero de venganzas ardiente dentro del corazón de las muchedumbres y calmarlo con una sola palabra. Nadie, como él, debía saber que la plebe parisién, irritadísima por tantos y tantos motivos como á su irritación daban la real familia y la corte toda, reventaría en un grande crimen colectivo, como no le anduviesen á la mano quienes gozaban entonces de autoridad y ascendiente sobre los ánimos populares. Casi todos los que andaban por París desde la ceca á la meca, en requerimiento y demanda continuos al poder más arbitrario, la casualidad fortuita, de crímenes que castigar y de criminales que prender, pertenecían al club de los jacobinos, ó presenciaban sus ruidosas sesiones arrellanados en la pública tribuna, tomando por una ya vieja costumbre á Robespierre como un Dios en persona y los discursos de Robespierre como unos infalibles oráculos descendidos del cielo. Todo fanatismo en la política tiene su correspondiente origen allá en la superstición, y ostentando así culto cual objeto diverso del fanatismo religioso, guarda con la índole fundamental de este último su nativa intensidad, y alimentado del error, propende al extravío. Como la fiebre trae aparejada consigo la suspensión del alimento en los individuos, la revolución trae aparejada consigo la suspensión del trabajo en los pueblos. Aquel pueblo, que desde los últimos combates civiles se acostumbró á no trabajar, iba errante por las calles, convertido en verdadero monstruo y necesitado de monstruosidades. A sí abandonado, y en sí recluso, tentábanle todas las fascinaciones del crimen, á la sazón en que solamente razonaba la voz del bárbaro Marat; mientras, bien dirigido, y alucinado por la excitación al amor de la patria y de la libertad, tomara carne divina de verdadero héroe, y supiera que dista mucho todo crimen del verdadero heroísmo. Arrancarle al coloquio desvergonzado de los retenes, al espectáculo fúnebre de las Tullerías, al cadalso perdurable sobre las losas del Carroussel erigido, á los fascinadores enviados para trastornarlo, á los gritos de Marat saliendo del seno de las profundidades parisienses y llamando ministros del derecho al crimen y á la muerte; arrancarle á todo esto para conducirlo á una transfiguración que le mostrase cómo necesitaba perfeccionarse, si quería concluir de redimirse y no retroceder á la barbarie y á la maldad absolutistas, obra fuera por la cual Robespierre, á quien podemos inscribir entre los impulsores de la revolución, pero no entre los santos de la Humanidad, merecería le guardáramos hoy un altar levantado en el corazón y en el agradecimiento de todas las generaciones modernas. Necesitábase por un progresivo ideal, sustentado en una grande alma, contrastar todas las temeridades con que los realistas de abolengo, alentados por la seguridad del próximo triunfo, merced al invasor alemán, provocaban el degüello. Alguien debía decir al pobre pueblo que no hiciera caso de provocaciones, ni mirara el regocijo patricio suscitado por la inminencia del peligro, ni atendiera el rumor que llamaba desde las prisiones henchidas de reaccionarios al ejército extranjero, ni parase mientes en el insulto sistemático atravesando las murallas y las rejas de los ca